

mentos tales que permiten todas las conjeturas. Pero dependerá de nuestra intervención en un estado de cosas objetivamente revolucionario que la inevitable crisis política se liquide en contra o en favor de los trabajadores.

La historia se hace hoy con mayor celeridad que otras veces. Al disloque de la economía capitalista corresponde como contraparte una precipitación de los colazos políticos. A tanta mayor anarquía económica, tanto mayores peligros para la clase social que afronta las colisiones sin el debido bagaje de elementos defensivos y ofensivos.

En quince años se ha modificado el mundo más que en los ochenta precedentes. De año en año cambian las posibilidades. También cambian los frentes políticos; y la característica de los adversarios políticos.

Ante las rápidas modificaciones del panorama político-económico resalta que es un peligro la mantención de posiciones estáticas. Tampoco es lógico asombrarse que un ahondamiento de la miseria llene a muchos excelentes compañeros de constante preocupación. No es posible calificar la creciente nerviosidad de la masa obrera y de una gran cantidad de afiliados de histerismo revolucionario. Al arremeterse contra supuestas "fórmulas verbales", coincídase con nosotros en que idénticos riesgos implica quedarse en la mitad del camino. Admitase que del complicado alambique de la realidad social argentina nacen conclusiones que orientan a los agentes humanos en un sentido distinto de lo que ocurrió hasta ahora.

Hay gente que quisiera ver al mundo en rápida convulsión; que desearía precipitar artificialmente el proceso de liquidación de la sociedad capitalista. Pero la hay también que no comprende el fenómeno por el cual la miseria se hace voz y letra impresa. La hay que se alarma por cualquier nota disonante con sus puntos de vista; la hay que huye el cambio de ideas y — lo que es peor aún — que

desea medidas punitivas para los que abren la discusión.

Felices los partidos proletarios en que las nuevas relaciones económicas y la creciente convulsión social repercuten en las preocupaciones por las nuevas formas de la superestructura política. Felices las organizaciones de la clase trabajadora en que la angustia social se traduce en dolores de parto de nuevas ideas y nuevas orientaciones. Hay en ellas vitalidad e instintiva inclinación a precaverse contra los peligros que se incuban en la historia. Al no suceder así existe, por el contrario, un grave sintoma de decadencia y la amenaza de afrontar las agudas crisis políticas en condiciones desventajosas.

La inquietud, aún la más estridente, nace en la compleja química social. Ni es arbitrario su origen ni antojadizo su planteamiento.

En consecuencia, hay que dejar hablar. Hay que permitir la formulación del descontento de los obreros acerca del desastre económico y hay que permitir también los intentos de remodelamiento de la acción política. Hay que permitir, además, que la ventilación de los complicados problemas se efectúe sobre la amplia base de la discusión libre, elevada y permanente. Solamente así se evitará, que un propósito de generosa superación se esterilice en rozamientos subalternos o que se ventile en la clandestinidad de minúsculas intrigas personales.

Hay que dejar hablar; hay que dejar que los afiliados analicen sus problemas y que busquen con la mayor libertad el camino por el cual solucionar las aflicciones de la clase trabajadora.

Hay que dejar hablar; hay que dejar que se forme opinión sobre la gravedad de los momentos que atravesamos y dejar que se robustezca la conciencia socialista. Hay que librar al partido de que en circunstancias de intensa transformación social no pueda sino con intervalos de cada dos años analizar su posición. Habrá acaso una que otra colisión ingrata de vehemencias personales, pero ganará el socialismo y los destinos de la masa obrera.



A. E. SORÇABURU

PROBLEMAS DEL CAMPO

En el campo argentino hay hambre. Millares de seres aran, siembran, cosechan, venden sus productos ... y tienen hambre.

Ya pasó el año 1920, en que el trigo se vendía a un promedio anual de \$ 20.95, el lino a \$ 24.71 y el maíz a \$ 9.08 los 100 kilos; el promedio de 1933 fué de \$ 39.— el trigo, \$ 10.64 el lino y \$ 4.05 el maíz, para la misma cantidad.

Al mediados del pasado año de 1934, la prensa gorda de nuestro país anuncia en grandes caracteres los estragos que en Estados Unidos (hace una prolongada sequía.

Cosechas y haciendas, trabajo de meses y trabajo de años, todo desaparece en el norte por un caprichoso clima sorpresivo e inclemente.

¡La cosecha argentina está salvada!

Con criminal regocijo, ministros, políticos y cerealistas se frotan las manos. Volverán los viejos precios, a costa del hambre de millones y millones de campesinos yanquis.

Se ha ido el año 1934, se ha vendido la cosecha y los agricultores argentinos ... todavía tienen hambre.

En la República Argentina existe un Partido Socialista.

Su misión es agrupar a su alrededor a la masa laborista y señalarle al proletariado el camino de su propia redención. Fué por eso que ante el panorama de hambre de los trabajadores de la tierra dijo: "Medidas urgentes, reclama el campo argentino" y el 1o. de marzo de 1933, lanza un manifiesto solicitando medidas de emergencia y en su plataforma electoral de 1934, dedica todo un capítulo, el 3o., cuyos nueve puntos condensan su posición frente a este problema.

Nosotros queremos decir: que si bien es cierto que la situación de pauperismo de nuestros agricultores, está agravada, por la rapacidad y explotación de la clase rica y la oligarquía gobernante y por el monopolio que en la exportación tienen tres o cuatro grandes "trusts" internacionales, el problema sale de nuestras fronteras y ensambla con el mercado internacional, para no tener más solución que la derrota del capitalismo y su sustitución en el mundo por una ordenación socialista.

Nosotros queremos decir que la mayoría de las medidas propuestas por nuestro Comité Ejecutivo Nacional ya han sido o son experimentadas en otros países agrícolas, que tampoco lograron para sus campos el bienestar y la felicidad que se proponían.

Queremos decir que algunas de esas medidas, están lejos de significar un golpe de muerte para nuestros latifundistas y otras pecan de una risueña ingenuidad.

Queremos decir, por último, que mientras el campesinado de los estados capitalistas vegeta en la pobreza y el analfabetismo, el de la Unión Soviética con su sistema de "artels" y "koljoses" eleva su "standard" de vida y su nivel cultural.

EL LATIFUNDIO

No es éste el momento de pontificar sobre los males del latifundio, apropiación en una sola mano de grandes extensiones de tierra y, por ende, del producto de los que en ella trabajan. Todos estamos de acuerdo.

La liquidación del latifundista como clase es de principal importancia para los productores y sus esfuerzos han de tender a que el latifundista, separado de los campos, no oriente su actividad hacia otra forma cualquiera de explotación capitalista.